



ra, á que el consejo de Jerusalem y su hermano Jaddo querian obligarle. Juntáronsele muchos judíos por evitar semejantes censuras, y resolvió desde entonces fabricar un templo vecino á Samaria, sobre el monte de Garizim, que los samaritanos creían bendito, y hacerse pontífice. Su suegro, muy acreditado con Darío, le aseguró de su protección, y las consecuencias le fueron aún más favorables, porque engrandecido Alejandro, Sanaballat dejó á su señor, y llevó tropas al vencedor durante el sitio de Tiro; así alcanzó cuanto quiso, el templo de Garizim fué fabricado, y la ambición de Manasés satisfecha. Los judíos, no obstante, siempre fieles á los persas, negaron á Alejandro el socorro que les pedía. Fué á Jerusalem resuelto á vengarse; pero quedó totalmente convertido en benignidad su enojo al ver al sumo pontífice, que le salió al encuentro con los sacerdotes revestidos de sus hábitos de ceremonia, y precedidos de todo el pueblo vestido de blanco. Mostráronse las profecías de Daniel, que pedían sus victorias; y habiendo concedido á los judíos cuanto le pidieron, le guardaron la misma fidelidad que habían siempre mantenido á los reyes de Persia.

ÉPOCA CUARTA

Guerras púnicas

Años
antes de
J.-C.

323 á 134

En esta época, Roma y Cartago, las dos soberanas de los mares y de extensos territorios, celosas de su poder, ofrecen al mundo el espectáculo de ruinas, guerras, expresión de la soberbia, que riega en roja sangre la tierra, para cénir la frente vencedora de laureles, más bien que para dar al mundo leyes justas ó felicidad social.

Oigamos la elocuente voz del inmortal Bossuet, recorriendo á grandes rasgos esta época:

«Después de la muerte de Alejandro, fué dividido su imperio. Perdicasas, Ptolomeo, hijo de Lago, Antígono, Seleuco, Lisimaco, Antipatro y su hijo Casandro, en suma, todos estos capitanes, criados en escuela de tan gran conquistador, pensaron en repartirse los triunfos de aquel; sacrificaron á su ambición toda la familia de Alejandro, su hermano, su madre, sus mujeres, sus hijos y hasta sus hermanas; no se vieron

sino batallas sangrientas y revoluciones espantosas. Muchos pueblos del Asia Menor y de sus vecindades, aprovechándose de tantos desórdenes, se libertaron y formaron los reinos de Ponto, de Bitinia y de Pérgamo, que la bondad del país hizo despues ricos y poderosos. Al mismo tiempo sacudió tambien Armenia el yugo de los macedones, y se hizo un gran reino. Los dos Mitrídates, padre é hijo, fundaron el de Capadocia. Pero las dos más poderosas monarquías que se levantaron entonces, fueron la de Egipto, fundada por Ptolomeo, hijo de Lago, de quien provienen los Lagos, y la de Siria, fundada por Seleuco, de quien descienden los Seleucos. Esta comprendía, á más de la Siria, aquellas dilatadas y ricas provincias del Asia Mayor, que componian el imperio de los persas; así todo el Oriente se sujetó á la Grecia, y aprendió su lengua. La Grecia misma estaba tambien oprimida por los capitanes de Alejandro. La Macedonia, su antiguo reino, que daba dueños al Oriente, era presa del primero que llegaba. Los hijos de Casandro se arrojaron unos á otros de aquel reino. A Pirro, rey de los epírotas, que habia ocupado una parte, echó Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, pero fué despues echado por el mismo Pirro; á Pirro expelió nuevamente Seleuco, á quien Ptolomeo Cerauno, arrojado de Egipto por su padre Ptolomeo I, mató elevosamente, olvidado de sus beneficios. Apenas este pérfido habia invadido la Macedonia, cuando fué atacado de los galos, y muerto en una batalla que les dió. Pendientes las turbaciones del Oriente, fueron éstos al Asia Menor, conducidos por su rey Brenno, y se establecieron en la Gallogrecia ó Galacia, llamada así del nombre de ellos, de donde se arrojaron sobre la Macedonia y la talaron, haciendo temblar toda la Grecia. Pero su ejército pereció en la sacrílega empresa del templo de Delfos. Todo lo inquietaba esta nación, en todo era desgraciada. Algunos años antes del suceso de Delfos, los galos de Italia, á quienes sus guerras continuas y sus victorias frecuentes habian hecho el terror de los romanos, fueron excitados contra ellos por los samnites, los brucienos y los etrurios. Consiguieron desde luego un nuevo triunfo, pero mancharon



su gloria matando los embajadores. Indignados los romanos, marchan contra ellos, los deshacen, entran en sus tierras, donde fundan una colonia, los derrotan otras dos veces, sujetan una parte de ellos y reducen la otra á pedirles paz. Despues que los galos del Oriente fueron echados de la Grecia, Antígono Gonatás, hijo de Demetrio Poliorcetes, que doce años hacia reinaba en la Grecia, aunque con muy poca quietud, invadió sin dificultad la Macedonia. Estaba Pirro ocupado entonces en otra parte. Arrojado de este reino, esperó satisfacer su ambición con la conquista de Italia, adonde fué llamado por los tarentinos, á quienes la batalla que contra ellos y los samnitas habian ganado los romanos, no habia dejado otro recurso. Consiguió contra los romanos victorias, que los arruinaron. Asombráronlos sus elefantes, pero bien presto les hizo ver el cónsul Fabricio que no era Pirro invencible. Parecia que el rey y el cónsul, aún más disputasen de la gloria de la generosidad, que de la de las armas. Pirro restituyó al cónsul todos los prisioneros sin rescate, diciendo que para hacer la guerra necesitaba del hierro y no del oro, y Fabricio entregó al rey su pérfido médico, que habia ido á ofrecerse para envenenar á su señor.

Comenzó en estos tiempos la religion y la nacion judáica á sobresalir entre los griegos. Los judíos, bien tratados de los reyes de Siria, vivian tranquilamente segun sus leyes. Antíoco, llamado el Dios, nieto de Seleuco, los esparció por el Asia Menor, desde donde se extendieron á la Grecia, y gozaron en todas partes de los mismos derechos y de la misma libertad que los demás ciudadanos. Ptolomeo, hijo de Lago, los habia ya establecido en el Egipto. En tiempo de su hijo Ptolomeo Fildelfo, sus escrituras fueron traducidas en griego, y salió á luz aquella célebre version llamada de los Setenta. Estos fueron ciertos sábios ancianos, que á petición del rey le envió Eleazaro, sumo pontífice. Algunos dicen que no tradujeron sino los cinco libros de la ley. El resto de los sagrados libros pudo más adelante vertirse en griego para el uso de los judíos, esparcidos por el Egipto y por la Grecia, donde no sólo olvidaron su antigua lengua, que era

la hebrea, sino aun la caldea, que les hizo aprender su cautiverio. Así se hicieron un griego mezclado de hebraismos, que se llama lenguage helenístico, en que está escrita la version de los Setenta y todo el Nuevo Testamento. Durante esta dispersión de los judíos, fué célebre su templo por todo el mundo, y todos los reyes del Oriente allí presentaban sus ofrendas. El Occidente estaba atento á la guerra de los romanos con Pirro. En fin, este rey fué deshecho por el cónsul Curio, y se volvió á Epiro. No permaneció allí largo tiempo en reposo, y quiso recompensarse en la Macedonia los malos sucesos de la Italia. Antígono Gonatás fué encerrado en Thesalónica, y obligado á abandonar á Pirro todo el resto del reino. Recobró el ánimo, en tanto que Pirro, inquieto y ambicioso, hacia la guerra á los lacedemonios y argivos. Los dos reyes fueron á un tiempo introducidos en Argos por dos inteligencias contrarias y por dos puertas diversas. Dióse en la ciudad una gran batalla: una madre que vió á su hijo perseguido de Pirro, á quien habia herido, le mató de una pedrada. Deshecho Antígono de tal enemigo, volvió á entrar en Macedonia, la cual, despues de algunas mudanzas, permaneció pacíficamente en su familia. La liga de los acheos le impidió engrandecerse. Esta fué el último reparo de la libertad de la Grecia, y la que produjo los últimos héroes en Harato y Filopomeno. Los tarentinos, que alimentaba Pirro de esperanzas, llamaron despues de su muerte á los cartagineses. Fuéles inútil su socorro, y quedaron derrotados con los brutienos y samnitas, sus aliados. Estos, despues de setenta y dos años de guerra continua, se vieron forzados á sujetarse al yugo de los romanos. Tarento hizo luego lo mismo. Las ciudades vecinas no pudieron resistir; así todos los pueblos antiguos de Italia quedaron sujetos. Los galos, frecuentemente derrotados, no osaban moverse. Despues de cuatrocientos ochenta años de guerra, se vieron los romanos dueños de Italia, y comenzaron á extender la vista á lo que sucedia fuera de ella. Concibieron celos de los cartagineses, vecinos muy poderosos por las conquistas que hacian en Sicilia, desde donde acababan de insultar á ellos y á Italia socor-



riendo á los tarentinos. La república de Cartago tenia las dos costas del mar Mediterráneo. A más de la de Africa, que casi enteramente poseia, se habia extendido de la parte de España por el Estrecho. Señora del mar y del comercio, habia invadido las islas de Córcega y Cerdeña. La Sicilia se le defendia con dificultad, y la Italia no podia dejar de temer estando tan inmediatamente amenazada. De allí nacieron las dos guerras púnicas, sin embargo de los tratados, mal observados de una y otra parte. La primera enseñó á los romanos á pelear en el mar, y fueron desde luego maestros en un arte que ignoraban. El cónsul Duilio, que dió la primera batalla naval, quedó victorioso. Régulo mantuvo esta gloria y abordó á Africa, donde tuvo que pelear con aquella prodigiosa serpiente, necesitando emplear contra ella todo su ejército. Todo cede: Cartago, reducida al extremo, sólo se salva por el consejo de Xantippo Lacedemonio. El general romano es derrotado y preso, pero la prision le hace más ilustre que sus victorias. Restituido sobre su palabra para disponer el cange de los prisioneros, sostiene en el Senado la ley que quitaba toda esperanza á los que se dejaban aprisionar, y vuelve á una muerte segura. Dos naufragios espantosos precisaron á los romanos abandonar de nuevo á los cartagineses el imperio del mar. Duró la victoria largo tiempo dudosa entre las dos naciones, y estuvieron ya los romanos para cederla, pero repararon su armada. Una batalla sola decidió la guerra, y la acabó el cónsul Lutacio. Fué Cartago precisada á pagar tributo y dejar con la Sicilia todas las islas que están entre ella y la Italia. Los romanos ganaron toda la isla, fuera de lo que poseia Hierónimo, rey de Siracusa, su aliado. Fenecida la guerra, creyeron perecer los cartagineses por una sublevación de su ejército. Habíanle compuesto, segun su costumbre, de tropas extranjeras, que se amotinaron por sus pagas. Su cruel dominacion hizo juntar con los amotinados casi todas las ciudades de su imperio, y Cartago, estrechamente sitiada, se hubiera perdido á no tener á Amilcar Barca. El solo habia sostenido la última guerra, y sus ciudadanos le debieron tambien la victoria

que consiguieron contra los rebeldes; pero les costó la Cerdeña, cuya puerta abrió á los romanos la rebelion de la guarnicion. Temerosa Cartago de embarazarse con ellos en una nueva guerra, les cedió, aunque violenta, tan importante isla, y aumentó su tributo. Pensaba restablecer en España su imperio vacilante por la rebelion. Pasó Amilcar á esta provincia con su hijo Annibal, niño de nueve años, y murió en una batalla. En el curso de otros nueve que con ménos industria que valor hizo allí la guerra, se criaba su hijo en la escuela de tan gran capitán, y al mismo tiempo concebía un odio implacable contra los romanos. Fué nombrado por sucesor de su padre, Asdrúbal, su parcial, que gobernó muy prudentemente su provincia, y fundó en ella la nueva Cartago, que puso en sujecion á España. Los romanos estaban ocupados en la guerra contra Teuta, reina del Ilirio, que desenfrenadamente ejercitaba la piratería en toda la costa. Desvanecida de las presas que hacia á los griegos y epirotas, menospreció á los romanos y mató sus embajadores. Pero quedó bien presto oprimida, porque no le dejaron los romanos sino una pequeña parte del Ilirio, y ganaron la isla de Corfú, que habia ella usurpado. Entonces se hicieron respetar de la Grecia con una solemne embajada, y esta fué la vez primera que fué allí conocido su poder. Los grandes progresos de Asdrúbal les daban celos; pero los galos de Italia les impedían dar providencia á las cosas de España. Cuarenta y cinco años habia que se mantenía con quietud esta nacion. La juventud que en este tiempo se habia criado, como no escarmentada de las pasadas pérdidas, empezaba á amenazar á Roma. Para atacar los romanos con seguridad á tan inquietos vecinos, la tuvieron antes de los cartagineses. El tratado fué concluido con Asdrúbal, que prometió no extenderse más allá del Ebro. Hizose con furor la guerra de una parte á otra entre los romanos y galos; los trasalpinos se juntaron á los cisalpinos; todos fueron derrotados. Concolitano, uno de los reyes galos, fué preso en la batalla. Aneroesto, otro rey, se suicidó. Los romanos, victoriosos, pasaron el Pó por primera vez, resueltos á quitar á los galos las



vecindades de aquel río, de que tantos siglos habia estaban en posesion. Acompañólos la victoria por todas partes. Fué tomada Milan y sujetado casi todo el país. En este tiempo murió Asdrúbal, y fué puesto en su lugar Annibal, aunque de edad de veinticinco años. Desde entonces se previó la guerra. El nuevo general intentó descubiertamente sujetar la España, sin hacer aprecio de los tratados. Escuchó entonces Roma los lamentos de Sagunto, su aliada. Los embajadores romanos van á Cartago. Los cartagineses, restablecidos, no estaban ya en ánimo de ceder. La Sicilia, arrebatada de sus manos, la Cerdeña, injustamente quitada y el tributo aumentado, les tenian penetrado el corazon. Así, la faccion que deseaba se abandonase á Annibal, se halló débil. Este general pensaba en todo. Estaba asegurado por secretas embajadas de los galos de Italia, que no hallándose ya capaces de intentar nada con sus propias fuerzas, habian abrazado esta ocasion de restablecerse. Annibal atraviesa el Ebro, los Pirineos, toda la Galia trasalpina, los Alpes, y cae como en un momento sobre la Italia. No faltan los galos á fortificar su ejército, y hacen el último esfuerzo por su libertad. Cuatro batallas perdidas hacen creer próxima la caída de Roma. Sicilia sigue el partido del vencedor. Hierónimo, rey de Siracusa, se declara contra los romanos; casi toda Italia los abandona, y parece que el postrero recurso de la república perezca en España con los dos Scipiones. En peligros tan extremos, debió Roma su salud á tres hombres grandes. La constancia de Fábio Máximo, que mostrándose superior á las voces populares hacia la guerra con retirarse, fué un baluarte de su patria. Marcelo, que hizo levantar el sitio de Nola y tomó á Siracusa, dió vigor á sus tropas con estas acciones. Pero aunque Roma admiraba estos dos grandes hombres, creia ver en el jóven Scipion señales de mayor heroicidad. El maravilloso suceso de sus consejos confirmó la opinion recibida, de que procedia de estirpe divina y que conversaba con los dioses. De edad de veinticuatro años emprende el viaje á España, donde su padre y tío acababan de perecer. Ataca la nueva Cartago, como movido de cierto interior impulso, y

desde luego la toman sus soldados. Cuantos le ven, quedan ganados para el pueblo romano. Los cartagineses le dejan la España; á su arribo al Africa, se le dan los reyes; Cartago también tiembla, y ve desechos sus ejércitos. Annibal, victorioso en el curso de diez y seis años, es sin fruto llamado, y no puede defender su patria. Dáse Scipion la ley; el renombre de Africano es su recompensa. Habiendo el pueblo romano abatido los galos y africanos, no halla más que temer, y guerrea en adelante sin peligro. A la mitad de la primera guerra púnica, Teodoró, gobernador de la Bactriana, quitó mil pueblos á Antioco, llamado el Dios, hijo de Antioco Sotero, rey de Siria. Casi todo el Oriente siguió su ejemplo. Los partos se rebelaron bajo la direccion de Arsaces, cabeza de la familia de los Arsacides y fundador de un imperio, que se extendió poco á poco por toda el Asia Mayor. Los reyes de Siria y los de Egipto, encarnizados los unos contra los otros, no pensaban sino en arruinarse recíprocamente, ó por fuerza, ó por engaño. Damasco y su territorio, que se llamaba la Cælo-Siria y confinaba con los dos reinos, fué el motivo de sus guerras; y los negocios del Asia estaban del todo separados de los de Europa. En el curso de todos estos tiempos, florecia en Grecia la filosofía. La secta de los filósofos itálicos, la de los jónicos, la llenaban de hombres célebres, entre los cuales se mezclaron muchos extravagantes, que tambien debieron á la curiosa Grecia el nombre de sábios. En tiempo de Ciro y de Cambises, comenzó Pitágoras la secta itálica en la grande Grecia, en los contornos de Nápoles. Poco despues, en el mismo tiempo, Thales Milesio formó la secta jónica. De allí salieron aquellos grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empedocles, Parmenides, Anaxágoras, que un poco antes de la guerra del Peloponeso hizo ver construido el mundo por un Espíritu Eterno; Sócrates, que un poco despues dirigió la filosofía al estudio de las buenas costumbres, y fué el padre de la filosofía moral; Platon, su discípulo, jefe de los académicos; Aristóteles, discípulo de Platon y



maestro de Alejandro, cabeza de los peripatéticos; bajo los sucesores de Alejandro, Zenon, llamado Cittio, de una ciudad de la isla de Chpre, en que habia nacido, jefe de los stoicos, y Epicuro, ateniense, cabeza de los filósofos que llevan su nombre, si pueden llamarse filósofos los que descubiertamente negaban la Providencia, y que ignorando todo lo que es obligacion, definian la virtud por el placer. Tambien se puede contar entre los mayores filósofos á Hipócrates, padre de la medicina, que sobresalió entre los demás en estos tiempos felices de la Grecia. Los romanos tenían al mismo tiempo otra especie de filosofía, que no consistia en disputas ni discursos, sino en la templanza, en la pobreza, en los trabajos de la vida rústica y en los de la guerra, en que todos tenían por propia la gloria de su patria y del nombre romano, y esto al fin les hizo dueños de Italia y de Cartago.

El año de 552 de la fundación de Roma, cerca de 250 después de la del imperio de los persas, y 202 antes de Jesucristo, quedó Cartago sujeta á los romanos. No dejaba Annibal de suscitarles secretamente enemigos donde podia; pero no hizo más que envolver todos sus amigos antiguos y modernos en la ruina de su patria y suya. Por las victorias del cónsul Flaminio, Felipe, rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, fué abatido; los reyes de Macedonia estrechados y la Grecia libertada de su yugo. Intentaron los romanos la ruina de Annibal, que aun vencido les era formidable enemigo. Reducido este gran capitán á salvarse de su país, conmovió el Oriente contra ellos, y atrajo sus armas al Asia. Por sus eficaces razonamientos entró Antioco, llamado el gran rey de la Siria, en celos de su poder, y les hizo guerra; pero aunque se dejó llevar de ellos para el empeño, no abrazó sus consejos para la dirección. Derrotado por mar y tierra, recibió la ley que le impuso el cónsul Lucio Scipion, hermano de Scipion Africano, y fué encerrado en el monte Táuro. Refugiado Annibal en la corte de Prusias, rey de Bitinia, se escapó de los romanos con el veneno. Hácense formidables á todo el mundo, y no quieren sufrir más otro poder que el suyo. Los reyes estaban

obligados á darles sus hijos en prenda de su fe. Antioco, llamado después el Ilustre, ó Epifanes, hijo segundo de Antioco, el gran rey de la Siria, estuvo largo tiempo en Roma con este carácter; pero hacia el fin del reinado de Seleuco Filopator, su hermano mayor, fué restituido, y quisieron los romanos tener en su lugar á Demetrio Sotero, hijo del rey, de edad entonces de diez años. Murió Seleuco en este contratiempo, y Antioco usurpó el reino á su sobrino. Los romanos estaban aplicados á las cosas de Macedonia, donde Perseo inquietaba sus vecinos, y no queria estar más á las condiciones impuestas al rey Felipe su padre. Entonces fué cuando comenzaron las persecuciones del pueblo de Dios. Antioco el Ilustre reinaba como un furioso; volvió toda su rabia contra los judíos, é intentó arruinar el templo, la ley de Moisés y toda la nacion. La autoridad de los romanos le impidió hacerse señor de Egipto. Hacian ellos la guerra á Perseo, que más pronto á los intentos que á las ejecuciones, perdía sus aliados por su avaricia y sus ejércitos por su corbardia. Vencido del cónsul Paulo Emilio, se vió obligado á ponerse en sus manos. Gencio, rey del Ilirio, abatido en treinta dias por el pretor Anicio, acababa de experimentar una igual suerte. El reino de Macedonia, que habia durado 700 años, y dado señores, no sólo á Grecia, sino aun á todo Oriente, quedó reducido á provincia romana. Los furros de Antioco se aumentaban contra el pueblo de Dios. Véñse entonces la resistencia de Matatias sacrificador, de la estirpe de Pinées é imitador de su celo; las órdenes que deja al morir para la salud de su pueblo; las victorias de Judas Macabeo su hijo, á pesar del número infinito de sus enemigos; la elevacion de la familia de los asmoneos ó macabeos; la nueva dedicacion del templo profanado por los gentiles; el pontificado de Judas y la gloria del sacerdocio restablecido; la muerte de Antioco, digna de su impiedad y de su altivez; su falsa conversion en su última enfermedad, y el implacable enojo de Dios contra aquel rey soberbio. Su hijo Antioco Eupator, de edad aún tierna, le sucedió bajo la tutela de Lisias, suayo. Durante su menor edad, Demetrio Sotero, que



en Roma estaba en rehenes, creyó restablecerse, pero no pudo obtener del Senado que le restituyese á su reino; que la política romana queria más en el trono un rey niño. Bajo Antioco Eupator continúan la persecucion del pueblo de Dios y las victorias de Judas Macabeo. Introdúcese la division en el reino de Siria. Demetrio se escapa de Roma, los pueblos le reconocen, el jóven Antioco es muerto con Lisias su tutor. Pero los judíos no son mejor tratados por Demetrio que por sus predecesores; también él experimenta la misma suerte; sus generales son derrotados por Judas Macabeo, y la mano del soberbio Nicánor, con que habia tan frecuentemente amenazado al templo, queda allí clavada. Pero un poco después, oprimido Judas de la multitud, muere peleando con un valor asombroso. Su hermano Jonatás le sucede en su empleo y mantiene su reputacion. Aun reducido al extremo, mantuvo siempre su brío. Regocijados los romanos de humillar á los reyes de Siria, acordaron á los judíos su proteccion, y la alianza que habia Judas enviado á pedirles les fué también concedida, aunque sin socorro alguno; pero la gloria del nombre romano no dejaba de ser de un grande apóyo al afligido pueblo. Las turbaciones de Siria crecian cada dia. Alejandro Balas, que blasonaba ser hijo de Antioco el Ilustre, fué por los parciales de este elevado al trono. Los reyes de Egipto, enemigos perpetuos de la Siria, se mezclaban por aprovecharse de ellas en sus discordias. Ptolomeo Philometor sostuvo á Balas. La guerra fué sangrienta, y murió en ella Demetrio Sotero, no dejando otros vengadores de su muerte que á Demetrio Nicator y Antioco Sidetes, principes de edad aún tierna. Así el usurpador quedó sin inquietud, y el rey de Egipto le dió su hija Cleopatra en matrimonio. Balas, que se creyó superior á cualquier peligro, se sumergió en los desórdenes y se granjeó el desprecio de todos sus vasallos. En este tiempo Philometor juzgó el famoso proceso que los samaritanos hicieron á los judíos. Aquellos cismáticos, siempre opuestos al pueblo de Dios, jamás dejaban de unirse con sus enemigos, y por complacer á Antioco el Ilustre, su perseguidor, habian consagrado su templo de Garizim á Júpiter Hospitalico. No

obstante esta profanacion, no dejaron estos impios de sostener algun tiempo después de Alejandro, delante de Ptolomeo Philometor, que su templo debia ser preferido al de Jerusalem. Las partes contestaron delante del rey, y se empeñaron una y otra pena de la vida á justificar sus pretensiones, por los términos de la ley de Moisés. Los judíos ganaron su causa, y fueron los samaritanos castigados con pena de muerte, según el pacto. El mismo rey permitió á Onías, de la estirpe sacerdotal, fabricar en Egipto el templo de Heliópolis, según el modelo del de Jerusalem; empresa que fué condenada por todo el consejo de los judíos, y juzgada contraria á la ley. Entre tanto, Cartago, que con dificultad toleraba las leyes que Scipion Africano le habia impuesto, se rebeló. Los romanos resolvieron su total ruina, y se emprendió la tercera guerra púnica. Salido de la infancia el jóven Demetrio Nicator, pensaba en restablecerse en el trono de sus antepasados, prometiéndoselo todo la vida afeminada del usurpador. Turbóse Balas al verle cerca; su suegro Philometor se declaró contra él, por no haberle dejado Balas ocupar su reino; la ambiciosa Cleopatra se apartó de él por casarse con su enemigo; y en fin, pereció á manos de los suyos, después de la pérdida de una batalla. Philometor murió pocos dias después de las heridas que recibió en ella, y la Siria quedó libre de dos enemigos. Por este mismo tiempo se vió la caída de dos grandes ciudades. Cartago fué tomada y reducida á cenizas por Scipion Emiliano, que con esta victoria confirmó en su casa el renombre de Africano; y se mostró digno heredero del gran Scipion su abuelo. Corinto tuvo el mismo destino, y pereció con ella la república de los acheos. El cónsul Mummio arruinó del todo esta ciudad, la más deliciosa de la Grecia y la más adornada, y trasportó á Roma las incomparables estatuas, sin conocer su precio; que los romanos ignoraban las artes de la Grecia, contentándose con saber la guerra, la política y la agricultura. Fortificáronse los judíos durante las turbaciones de la Siria. Jonatás se vió solicitado de los dos partidos, y Nicator, victorioso, le trató de hermano, de que tuvo bien presto la recom-



pensa. En una sedición acudieron los judíos y le sacaron de entre las manos de los rebeldes. Jonathás fué colmado de honores, mas cuando el rey se creyó seguro abrazó las máximas de sus antepasados y afligió como ellos á los judíos. Revivieron las turbaciones de la Siria; Diodoro Triphon elevó á un hijo de Balas, llamándole Antioco el Dios, y le sirvió de tutor en su menor edad. La soberbia de Demetrio sublevó los pueblos; toda la Siria ardía; Jonathás supo aprovecharse de la coyuntura, y renovó con los romanos la alianza. Todo le sucedía prósperamente, cuando Triphon, faltándole á la palabra, le hizo perecer con sus hijos. Sucedióle su hermano Simon, el más prudente y feliz de los macabeos, y los romanos le favorecieron, como habían hecho con sus predecesores. No fué ménos infiel Triphon á su pupilo Antioco que lo había sido á Jonathás. Hizo morir á este niño por medio de los médicos, con el pretexto de hacerle cortar la pierna, que no padecía, y se apoderó de una parte del reino. Simon tomó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo, y despues de haber obtenido de él la libertad de su país, la mantuvo con las armas contra el rebelde Triphon. Fueron echados los sirios de la ciudadela que tenían en Jerusalem, y despues de todas las plazas de la Judea. Libres así los judíos del yugo de los gentiles por el esfuerzo de Simon, acordaron las preeminencias reales á él y á sus sucesores, y Demetrio Nicator consintió en este nuevo establecimiento. Este principio tuvo el nuevo reino del pueblo de Dios y el principado de los asmoneos, siempre unido al sumo sacerdocio. En estos tiempos se extendió el imperio de los partos en la Bactriana y las Indias por las victorias de Mithridates, el más valeroso de los Arsacidas. En tanto que se avanzaba hácia el Eufrates, Demetrio Nicator, llamado de los pueblos de aquella region que Mithridates acababa de sujetar, esperaba reducir á la obediencia los partos, á quienes los sirios trataban siempre de rebeldes. Consiguió muchas victorias, y estando para volver á la Siria á acabar en ella con Triphon, cayó en el lazo que un general de Mithridates le había armado, y quedó prisionero de los partos. Triphon, que con la desgracia de este principe se

creía seguro, se vió de improviso abandonado de los suyos, á quienes era ya insufrible su soberbia. Durante la prision de Demetrio, su rey legítimo, se entregaron á su mujer Cleopatra y á sus hijos; pero fué necesario buscar defensor á estos principes de edad aún tierna. Tocaba naturalmente este cuidado á Antioco Sidetes, hermano de Demetrio; hizo Cleopatra reconocer en todo el reino, mas Fraates, hermano y sucesor de Mithridates, trató á Nicator como á rey, y le dió su hija Roduguna en matrimonio. Cleopatra, en odio de esta competidora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antioco Sidetes, y se resolvió á reinar á costa de cualquier delito. El nuevo rey atacó á Triphon; Simon se le juntó en esta empresa, y forzado el tirano en todas sus plazas, acabó como merecía. Antioco, dueño ya del reino, olvidó bien presto los servicios que le había hecho Simon en esta guerra, y le quitó la vida. En tanto que recogía todas las fuerzas de Siria contra los judíos, Juan Hircan, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo despues el sitio dentro de Jerusalem con mucho esfuerzo, y la guerra que Antioco meditaba contra los partos por libertar á su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables á los judíos. Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban á ser muy ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia, y fué necesario para reducirlos todo el poder romano. Un poco despues, la sucesion de Attalo, rey de Pergamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Comenzaron los alborotos de los Gracos. El sedicioso tribunado de Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, fué causa de su ruina; todo el Senado le mató por mano de Scipion Nasica, y no halló sino este medio de impedir la perniciosa distribucion del dinero con que este elocuente tribuno lisonjaba al pueblo. Scipion Emiliano restablecía la disciplina militar, y este grande hombre, que había destruido á Cartago, arruinó tambien en España á Numancia, terror de los romanos.



Desde este punto, segun Cantú, la atención se reconcentra en Roma, la cual, despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primeros elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el Universo. Dotada de maravillosa perseverancia en sus vastos desígnios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen sólo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demás se aumenten. ¿Podía ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquella con el genio del heroísmo, de las bellas artes, de la legislación; esta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilización entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podrá, como Mario, sentarse entre las ruinas de Cartago y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Menfis?

De esta suerte vence Roma al Oriente antes de arrojarle á combatirlo en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma, aun fabricando cadenas para el mundo, se muestra magnánima; daba libertad á los pueblos, distribuía las provincias entre sus aliados, y humillaba á los siervos, perdonando á los que se sometían; pero despues que pasa al Asia, no reconoce ningun obstáculo; cree insulto propio la libertad de los demás, y viola descaradamente el derecho. Perseo es conducido entre cadenas, y sirve de espectáculo á un vulgo que insulta las régias desventuras; Cartago es destruida inicuaamente; Numancia, acreedora á la admiracion de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor, sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

ÉPOCA QUINTA.
Guerras civiles

Grandes, variados y trascendentales acontecimientos se ofrecen al espíritu pensador en esta época, tránsito del mundo antiguo á la edad cristiana, en medio de dos hechos tan notables como el de la trasformacion de la sociedad romana y el principio de las guerras civiles.

Años
ant. de J.-C.
134 á 4
d. de J.-C.

Pierde Roma su primitivo carácter bárbaro, templado por el dulce y poderoso influjo de las letras, artes y cultura griega, al par que la molicie y el lujo asiático de los vencidos la inducen á la vida licenciosa y de corrupcion, que más tarde la enerva, la aniquila, y labra un gran sepulcro á su vergonzosa muerte. El prodigioso aumento de la plebe, que ya no expone su vida en los campos de batalla conquistando glorias para la invencible Roma; la ambicion de los patricios apoderándose de todas las tierras; la desigual distribucion de derechos de ciudadanía y la trasformacion de la antigua aristocracia en una nueva, cuyos títulos descansan en acumular riquezas, dan origen á las guerras devastadoras y civiles; causas más que suficientes, dado el olvido del imperio del derecho y de la justicia, á que la sociedad romana, como toda sociedad así viciada, oyese pronto resonar el eco de la tormenta que en negros nubarrones se cernía sobre el suelo del vasto territorio romano.

La hija de Scipion el Africano, la austera Cornelia, engendra en su seno dos seres nacidos para la plebe, y encuentra esta, en efecto, en los Gracos los más ardientes tribunos; su sangre engendra á Mario, coronado por su fortuna, por la guerra de Yugurta y por la elevada proteccion de los Metelos. Suscítanse la fatal rivalidad entre Mario y Sila; la guerra de Sertorio y la de los esclavos, á las órdenes de Espartaco, fijando el momento de libertarse de la tiranía que enrojecía la arena del circo con la humeante sangre de los maldecidos seres engendrados en la negra esclavitud.

Pompeyo, el dictador nobilísimo, triunfa en sólo cuarenta días de los piratas que infestaban